

FELIPE URIBE ARMIJO

Yudoehica



FELIPE URIBE ARMIJO

Yudochica



Yudochica

© Felipe Uribe Armijo.

© Loba Ediciones Ltda.

Nueva Tajamar 481, Oficina 1403, Torre Sur

Las Condes, Santiago de Chile.

Teléfono: (56 2)32109829

www.lobaediciones.cl

Diseño y diagramación: Carolina E. Varela

Ilustraciones: Jocelyn Alburquenque

Registro de propiedad intelectual: N° 272.771

ISBN edición impresa: 978-956-7388-06-6

ISBN edición digital: 978-956-7388-07-3

Primera edición: mayo de 2018

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Para mis amadas Belén y Fernanda,
que me llenan de ganas de ser valiente.

Contenido

Yudochica

1

Hace unos años mi mamá me contó la historia del niño que había decidido no hacer nada... nunca más.

—¿Nunca más? —pregunté con mis ojos redondos y brillantes como dos monedas.

Ella me iba a responder, pero le vino una tos bastante fea.

Cuando se recuperó, me sonrió y dijo: —Nunca más.

—Tú no haces nada —le dije—. Desde antes de navidad que estás todo el día aquí acostada.

—Eso es distinto, mi amor. Yo no me levanto a causa de que estoy enferma, pero este niño no se levantó más de su cama porque no quería, porque había decidido ser flojo.

—¿Y cómo se llamaba?

—Oso Pérez. Claro que los que lo conocían, para molestarlo por ser tan flojo, comenzaron a llamarlo al revés: primero decían su apellido y después su nombre.

Me reí porque intuía que se trataba de una broma, aunque yo era muy pequeño para entenderla.

—¡Pero, mamá, nadie se llama Oso! ¡Oso es un animal, no un nombre para una persona!

—Da igual, mi amor, lo que importa es que este niño no se bañaba, no se cortaba las uñas, ni iba al colegio...

—¡Pero veía televisión!

—Llegó un momento en que no pudo ver televisión,

porque no quería ir al peluquero y su enorme cabellera le tapaba los ojos.

—¿Pero al menos podía jugar con sus videojuegos? —Para mí esta era una pregunta muy importante, porque yo amaba los videojuegos.

—Uf, tampoco; se le hubiesen cansado los dedos. Además, no habría podido porque, al tener medio metro de uña en cada dedo, se había vuelto muy torpe con las manos.

Yo, sentado al borde de su cama, la miraba creyéndole a medias o, mejor dicho, la miraba sin creerle nada, pero a la vez sin el deseo de pensar que mi mamá era una mentirosa.

—¿Y qué pasó con él?

—Se murió.

Me reí. Tal vez lo hice debido a que en ese tiempo no sabía bien lo que era la muerte; en los dibujos animados los personajes volvían a vivir después de que les estallaba una bomba encima, y en mi familia se hablaba de los parientes muertos como si aún existieran y sólo estuvieran lejos, de viaje en un lugar remoto donde no había teléfonos.

—¿Pero por qué se murió?

—De aburrimiento, Brunito. Quiero que nunca olvides que ser flojo es muy aburrido, y que hacer cosas entretenidas siempre cansa. Algún día entenderás lo que te digo.

Supongo que mi mamá me dijo otras frases antes de morir, pero yo no las recuerdo. Lo que recuerdo con claridad es esa conversación, la que volvería a mi mente una y otra vez, hasta en sueños.

Porque esas palabras me quedaron tan grabadas que decidí hacer caso al consejo de mi madre: sería un niño flojo, para así no cansarme.

La verdad era que yo había entendido todo al revés, pero esto sólo lo supe mucho más adelante, cuando conocí a Yudochica.

2

Una vez vi una película sobre Adán y Eva. Supongo que nadie sabe con seguridad si esa historia pasó de verdad o no (uno con suerte se acuerda bien de lo que sucedió hace un año, así que menos va a saber lo que ocurrió miles de años antes de que naciera), pero esa duda no es importante para lo que quiero decir.

Lo que me impresionó fue lo duro del castigo que ellos sufrieron por comer una manzana (las tías que se hicieron cargo de mí después de que murió mi mamá me castigaban a veces por comer muchos chocolates, pero esos castigos nunca fueron así de terribles), aunque no me parece que el hecho de que Adán y Eva hayan tenido que vivir en el mundo real (donde quizá debieron buscar un trabajo y enviar a sus niños al colegio) sea lo terrible. Lo horrible es que debieron acostumbrarse a esa nueva vida *teniendo siempre el recuerdo del Paraíso*.

Si no hubiesen pasado sus primeros tiempos en un lugar tan increíblemente genial como el jardín del Edén, de seguro después no habrían sufrido tanto.

Lo terrible es haber sido feliz y luego castigarse a uno mismo con el recuerdo de esa felicidad que no volverá.

Adán y Eva, no me cabe duda, lo pasaban mal a causa del recuerdo de los días en que tenían de todo sin necesidad de

esforzarse por nada. Mis tías me trataban bien, pero de todas formas yo extrañaba —con lágrimas algunas noches— a mi mamá. Y, de la misma manera, los alumnos del colegio Juan Francisco pronto echaríamos de menos el estilo de vida que estábamos acostumbrados a llevar.

Otra cosa que me parece horrible de la historia de Adán y Eva es que ellos, estoy seguro, no sabían que estaban en el Paraíso *hasta que salieron de allí*. Cuando ya estaban en nuestro mundo y pudieron comparar, recién se percataron de lo genial que era donde vivían antes. Los alumnos del Juan Francisco éramos felices (a nuestra manera), pero creo que no nos dábamos mucha cuenta de esto.

Si éramos felices, se debía a que vivíamos como queríamos. Éramos los niños más flojos del mundo, y eso no nos avergonzaba. Cuando mostraban los resultados de las pruebas que medían a todas las escuelas de la región, siempre aparecíamos en el último lugar. Una sola vez, que yo recuerde, quedamos penúltimos; todos nos miramos entonces con algo parecido a la incomodidad o incluso a la preocupación.

En los torneos intercomunales de fútbol nos iba peor que pésimo; hubo una vez en que el equipo contrario anotó más de cien goles y nosotros ninguno. Miento: ¡anotamos un autogol!

Fuimos noticia nacional; tanto que vino un reportero de una revista, que publicaba noticias sobre ovnis y cosas así, para hacer un reportaje sobre este raro colegio.

En las pruebas nadie copiaba. A ninguno de nosotros le interesaba en lo más mínimo sacarse una nota sobresaliente, así que resolvíamos las pruebas al achunte, y como los profesores las hacían solamente de verdadero y falso y alternativas, había siempre grandes posibilidades de acertar a buena parte de las preguntas; además, los maestros inflaban las notas, es decir, nos daban puntos por buen comportamiento con el fin de que todos pudiéramos pasar de curso y así el colegio siguiera recibiendo aportes

del gobierno para realizar la compleja tarea de *educar* a unos niños tan especiales.

Debo explicar eso del buen comportamiento.

Era bueno, pero sólo en un aspecto. Los estudiantes del Juan Francisco dejábamos los gritos y las risas (al menos las carcajadas ruidosas) para el recreo, y en clase nos dedicábamos a hacer dibujos en el cuaderno (que aparte de eso estaba casi vacío), o a bostezar en silencio mientras mirábamos por la ventana, soñando con un futuro que sabíamos que no íbamos a tener. Nada impedía a cada profesor fingir que hacía una clase, sabiendo que en realidad estaba hablando solo (supongo que no era una manera tan ardua de ganarse la vida para seres que no viven en el Paraíso). Es probable que el aula se pareciera más a un asilo de ancianos que a la sala de un colegio normal, pues todos los alumnos lucíamos como esos viejitos muy viejitos, que siempre están a punto de dormirse.

Aunque recuerdo una ocasión en que las cosas sucedieron de forma un poco diferente. Era invierno, un día de lluvia, de esos en que dan ganas de quedarse bien tapadito en la cama, comiendo sopaipillas. Para nuestra desgracia, en cambio, escuchábamos al profesor de Lenguaje hablar sobre un libro que había sido escrito hace no sé cuánto tiempo, en la época en que las personas hablaban raro y sin embargo se entendían bien entre ellas.

No sé; supongo que cualquier historia puede ser entretenida si la cuenta alguien con talento y que tenga ganas de hacerlo. Pero el profesor de Lenguaje no cumplía con ninguna de esas dos cosas. Hablaba lento, hacía pausas eternas y, para más remate, usaba cinco frases para decir algo que podría haber contado en una. Además, sentado en su silla de profesor, se rascaba la nariz cada diez segundos, probablemente para espantar el sueño (seguro que él también fantaseaba en esos momentos con su cama y sopaipillas pasadas).

Recuerdo que yo miraba a Teresa y a José (mis mejores

amigos), y que ellos me lanzaban una mirada tan soñolienta como la mía. En sus ojos podía leer frases como: «Te doy permiso para que me mates; te prometo que no te vendré a penar», o: «Esto es más fome que una carrera de caracoles en la luna».

Pero de pronto, sin que alcanzara a relatarnos el final de la historia, el profesor echó la cabeza hacia atrás... y se quedó profundamente dormido.

Los ronquidos del maestro hicieron que hasta el más adormilado de mis compañeros reaccionara. Nos miramos entre todos, sonrientes y sorprendidos.

Al fin éramos libres de la pesadilla de un profesor poco motivado y —peor aún— de un pésimo contador de historias; pero ahora no sabíamos qué hacer con la libertad.

Era como cuando has esperado encontrarte con alguien por mucho tiempo y, cuando al fin lo tienes enfrente, no se te ocurre qué decirle; como cuando empiezan las tan esperadas vacaciones de verano y entonces te aburres porque no sabes qué hacer.

Mis compañeros se pusieron a conversar con energía al principio, a reír y a tirarse bolitas de papel. Yo, en cambio (recuerden que afuera llovía), no me pude deshacer de mi somnolencia.

Casi sin darme cuenta, me quedé dormido.

No sé cuánto tiempo habrá durado mi sueño, pero cuando desperté estaba con una mejilla apoyada sobre mi escritorio. En ese momento noté dos cosas: que me dolía el cuello, a causa de la posición en la que había dormido, y que había creado una laguna de saliva sobre el mueble.

Bueno, en realidad fueron tres las cosas de las que me di cuenta, aunque sólo capté la tercera un segundo después, cuando terminé de abrir bien los ojos y miré alrededor.

El profesor seguía roncando. Es más, a ratos parecía que el pobre se iba a ahogar de tantos problemas que tenía para respirar, pero entonces tosía un poco, arrugando el

ceño, y de inmediato su sueño se transformaba otra vez en algo tranquilo y placentero.

Sin embargo, lo curioso era que mis compañeros también dormían.

Todos ellos.

Algunos dormían reclinados sobre el banco y otros lo hacían con la cabeza colgando tras el respaldo de la silla. El caso era que, aunque me costara creerlo, todo el mundo en esa sala de clases estaba disfrutando de una exquisita siesta de día de lluvia.

Yo no pude volver a dormir. Me quedé pensando, con un codo sobre el escritorio y una mano en la mejilla.

Pensé, en total, un montón de cosas.

Algo no me parecía normal acerca de mi colegio. Quiero decir, no lo pasábamos mal allí; podíamos no hacer nada o hasta dormir en clase, pero era una escuela un poco rara, ¿no?

El director Agüero solía decir, en la formación de los lunes, que el Juan Francisco era como una planta de reciclaje, porque recibía toda la basura de la que los demás colegios se habían deshecho y la convertía en algo útil.

Siempre dudé de que él creyera eso. No dudaba de que él creyera que éramos basura, eso estaba fuera de discusión, pero este señor tendría que haber sido realmente estúpido (tan estúpido como levantarse temprano, ponerse el uniforme y darse cuenta de que es domingo) para llegar a considerar que en esa escuela nos estaban *de verdad* enseñando algo.

Bueno, no sé si en realidad eso era un Paraíso. Sólo digo que era cómodo, pues para llevar esa vida no teníamos que esforzarnos.

El Edén del cuento de Adán y Eva era lindísimo. Supongo que nuestra felicidad era, más bien, la de un niño que se siente cómodo jugando en el barro porque le han dicho demasiadas veces que es un chanchito.

El problema es que en una situación así, es fácil sentir

simpatía hacia el primero que nos recuerde que somos seres humanos.

3

En marzo del año en que todo cambió pasaron un par de cosas importantes para mí: cumplí once años y llegaron alumnos nuevos al colegio. Uno de ellos fue Mauricio, que de inmediato hizo muchos amigos, pero después fue odiado por casi todos sus compañeros por razones que ya explicaré, porque el desastre que ocurriría en el colegio ese año es de lo que se trata esta historia, aunque no quiero adelantarme ni ser desordenado al narrar, para que ustedes puedan entender con claridad las cosas increíbles que nos sucedieron.

Una persona que llegó a mi curso, el sexto B, y que llamó mi atención, fue una niña llamada Margarita Ordóñez.

Cuando la profesora hizo que ella se parara enfrente de todos y dijera quién era y de dónde venía, Margarita señaló que hasta hace poco vivía en un pueblo en el sur.

—¿Y cómo era ese lugar? —le preguntó la profesora.

—Mágico —dijo Margarita, aunque con una expresión muy seria en su rostro—. Allá se siente la paz de la naturaleza cada vez que uno respira, y los animales son tan numerosos e importantes como las personas.

José, que se sentaba a mi lado, me puso una cara que parecía decir: «Esta niña no viene del sur; viene del manicomio del que se escapó». Yo le sonreí y asentí con la

cabeza.

Pero lo más extraño vino después, porque luego de que la profesora le pidió a Margarita que volviera a su puesto, la niña dio dos pasos, se tropezó y cayó hasta quedar tendida en el piso, en el espacio que había entre el pizarrón y los primeros escritorios de los alumnos. Estos se rieron, aunque los más cercanos se pararon para ayudar a Margarita.

En todo caso, eso no era lo «más extraño» a lo que me refería: lo más extraño fue que Margarita dejó que sus nuevos compañeros la ayudaran a ponerse de pie, les dio las gracias y simplemente volvió a caminar hasta llegar a su puesto, donde se sentó *como si nada hubiera ocurrido*. No se puso colorada, no empezó a sudar como una vaca en el gimnasio ni bajó la mirada. Supongo que su comportamiento me molestó un poco porque era el opuesto al que habría tenido yo al pasar esa vergüenza.

Después, en el recreo, Teresa se acercó a mí en compañía de Margarita. Me la presentó, y yo como un tonto me aproximé a ella para darle un beso en la mejilla. Digo que fui tonto al hacer eso porque Margarita, al mismo tiempo o incluso medio segundo antes del gesto que hice de inclinarme hacia ella, estiró el brazo para darme la mano.

Yo se la estreché con entusiasmo, pero ella me quitó su mano casi de inmediato. Por todo eso, pensé que mejor me guardaba el beso para otra compañera nueva (una que fuera más simpática), y me alejé después de explicar que tenía que ir con urgencia a hacer pipí.

Me di vuelta (cuando ya estaba lejos) para mirarlas por un momento. Teresa y Margarita eran parecidas físicamente (ambas eran morenas y bajas de estatura), pero distintas en lo demás.

Teresa estaba presentándole otros compañeros a la niña nueva. A todos ella les ofrecía la mano para que se la estrecharan por medio segundo.

Esa misma semana escuché otras cosas negativas acerca

de Margarita. Por ejemplo, un compañero, Raimundo, se había puesto a llorar después de que Margarita le dijo que con las notas que se sacaba no iba a llegar a ser médico, como quería. Algo parecido pasó con otra compañera del curso, Agustina, a quien Margarita le comentó que tenía que esforzarse mucho más si quería llegar a ser bailarina, y con Alfredo, al que la niña nueva le criticó que si decía que iba a ser abogado era sólo porque su papá quería eso para él. Yo me acerqué a Margarita en el patio y le dije: —¿Por qué eres tan pesada y cara de palo? Algunos compañeros tienen sueños, y tú vas destruyéndolos como si nada.

—Yo sólo quiero que se esfuercen y que lleguen a ser lo que quieren ser.

Entonces le mostré una sonrisa que intentaba ser burlona.

—¿Y cuál es tu sueño? ¿Ser deportista?

Le pregunté eso porque en la clase de Educación Física Margarita nos había hecho una excelente demostración de cómo ser un desastre en los deportes.

Nunca había visto al profesor de esa asignatura tan enojado. El resto de los alumnos del sexto B éramos flojos, lo admito, pero Margarita era torpe. Quiero decir muy, pero muy torpe. Al jugar vóleibol la pelota siempre le daba en la cabeza y no en sus brazos estirados; cuando practicamos básquetbol y Margarita lanzaba la pelota para intentar anotar, el balón ni siquiera tocaba el tablero, y cuando dimos diez vueltas alrededor de la multicancha, Margarita se tropezaba cada tres minutos, como si el lugar estuviera sufriendo una plaga de hormigas cabezonas.

—No sé, Bruno, ¿cuál es el tuyo? —me dijo—; ¿cuál es tu sueño?

Me puse un poco rojo y se me agitó la respiración.

—Tendrías que ser mi amiga para que te conteste eso —le señalé.

La miré unos segundos a los ojos, pero estos parecían puertas muy firmemente cerradas.

—Y nosotros nunca seremos amigos —agregué y, odiando

su cara, que ante mis palabras había permanecido tan seria y tranquila como siempre, di media vuelta y me fui.



Ricardo Martínez llegó al colegio en abril, cuando el año escolar había empezado hacía rato. A esas alturas, los alumnos llegados en marzo ya se habían integrado con el resto, así que Ricardo era, para todos, el nuevo. Pero eso a él no parecía molestarle. Pronto se hizo amigo de todo el mundo. Siempre sonreía como si se acabara de acordar del momento más feliz de su vida, y conversar con él te provocaba creer que la vida era un lugar entretenido y en gran medida todavía inexplorado. Si te conocía más o menos bien y te lo topabas veinte veces a lo largo del día, las veinte te saludaba o improvisaba al pasar algún comentario que fuera chistoso para los dos.

—Yo creo que ese cabro quiere ser presidente del Centro de Alumnos —me dijo Teresa aquellos primeros días de otoño.

—Es verdad, así son los políticos —comentó José—; yo una vez vi a uno en la feria y saludaba a todo el mundo. Incluso saludaba a las guaguas, aunque es obvio que las guaguas no votan.

—¡No cachan nada ustedes! Un nuevo nunca, jamás de los jamases, sacaría tantos votos, eso lo puedo asegurar —les dije, y sonreí orgulloso de mi sabiduría.

Un mes más tarde Ricardo Martínez alcanzaba una mayoría aplastante en las elecciones escolares. Fue la primera vez que la mayor parte de los alumnos votó de verdad, en vez de anular el voto escribiendo en el papelito cosas como: «Si alguien lee esto es porque cree que soy lindo», o: «Escribir frases estúpidas es lo único que he aprendido acá», o incluso: «Saquemos un grito de corazón: ¡¡¡Malo como un marisco... Colegio Juan Francisco!!!».

Por supuesto, todos sabíamos que el asunto del Centro de Alumnos era un chiste. Los que salían elegidos sólo ocupaban su cargo para hacer la cimarra y... bueno, eso era todo. Si eras presidente o tesorero, podías evitar el aburrimiento de una clase fome e ir a meterle conversa a la inspectora general (Sarita Álvarez, una señora bastante copuchenta, más interesada en los dramas amorosos de los profes que en el comportamiento de los alumnos) o a jugar ping-pong el rato que quisieras, sin que nadie te retara.

Pero Ricardo no parecía ver las cosas de ese modo.

Su primer discurso como presidente, micrófono en mano frente a todo el alumnado en una formación de lunes, comenzó así:

—El colegio Juan Francisco es muy especial. Me ha recibido con los brazos abiertos y estoy muy agradecido por el apoyo que ustedes, compañeros, me han dado en las urnas —dijo, leyendo un papelito—. Estas elecciones han sido una demostración de que el espíritu de la democracia vive en todos nuestros corazones...

Parado en la fila de mi curso, sentí que me pellizcaban desde atrás. Me di vuelta para reclamarle a Teresa por su violencia, pero me reí al ver que ella ponía cara de estar roncando.

Bueno, supongo que todos los alumnos del colegio Juan Francisco éramos un poco como caballos en esos momentos (no es que tuviéramos cuatro patas ni que relincháramos, me refiero a que dormíamos de pie, o casi), aunque yo pensaba que no sería un mal negocio grabar el discurso de Ricardo y subir a internet audios con su voz para las personas que sufren de insomnio.

Pero de pronto nuestro nuevo presidente se quedó callado. Nos miró con intensidad y dijo lo siguiente:

—Supongo que están más que aburridos de escuchar discursos así. De que todos los años los presidentes del Centro de Alumnos les hayan dicho este tipo de tonterías, después de ser elegidos, sólo para dar la impresión de que

desempeñarían bien su cargo, porque el resto del año esos idiotas no hacían nada por ustedes, no hacían nada para que ustedes fueran más felices...

Todo el mundo abrió los ojos como si un platillo volador se hubiese posado sobre nuestro patio central.

Las caras se miraban unas a otras, como preguntándose en silencio si este tipo no se habría vuelto loco.

—A lo mejor ustedes creen que eso es lo normal, pero ¿saben qué?: ¡me río de lo normal! Yo quiero que ustedes, mis queridos compañeros, sean lo que siempre han querido ser en el fondo: ¡unos alumnos exitosos!

Los profesores apenas le prestaban atención; algunos, incluso, bostezaban. El director Agüero, en cambio, miraba a Ricardo con preocupación.

— ¡¿No están aburridos de no aprender nada en este colegio?! ¡¿No están hartos de que todos aquí crean que ustedes son unos inútiles?! —exclamó el nuevo presidente. Ahí sí que quedamos todos boquiabiertos.

El director lo miraba perplejo; por su cara daba la impresión de que esperaba que en cualquier momento sonara su reloj despertador.

—Ustedes creen que la mejor diversión es no hacer nada... ¿pero saben algo?: ¡lo fácil no es divertido! — continuó Ricardo, lleno de entusiasmo por sus propias palabras (algo que nadie parecía compartir; sólo había asombro por lo que decía)—. Yo cambiaré las cosas aquí: ¡basta de mediocridad, basta de ser tan flojos y de no disfrutar el grandioso hecho de ser estudiantes!

Agüero dio unos pasos en su dirección y alargó una mano para quitarle el micrófono, pero Ricardo hizo un movimiento evasivo y dijo: —Sólo una última cosa, señor director —Agüero, rojo de furia, sonrió y esperó, para demostrar que no había perdido su compostura.

El presidente siguió.

—Quiero hacer una apuesta con usted... Le prometo hacer que este año dupliquemos nuestro puntaje en la PER (la

Prueba Estandarizada Regional), que mide el desempeño de todos los colegios de esta parte del país... Si lo consigo... si todos lo conseguimos —y nos señaló con su mano abierta—, usted nos organizará un paseo a la nieve...

No hubo alumno entonces (salvo yo y unos pocos) que no gritara de pura alegría ante la ocurrencia. Unos a otros se agarraban de las solapas o los chalecos, riendo, sin poder creer que al fin esa aburrida escuela organizaría algo entretenido.

A mí me pareció una cosa increíble que mis compañeros mostraran esa vitalidad.

El director quedó más sorprendido por esta reacción general que por lo que había dicho nuestro nuevo presidente. Todavía enrojecido, pero ahora mostrando una sonrisa irónica que apenas le cabía en la cara, señaló:

—Claro, señor Martínez. Apuesta aceptada.

(Agüero tenía la teoría —y se encargaba de repetirla a todo el que tuviera paciencia para escucharlo— de que los alumnos de su colegio sólo podíamos aprender muy lentamente... y hasta cierto límite. Sí, porque él estaba convencido de que todos nosotros, los estudiantes del Juan Francisco, teníamos un «techo pedagógico»; en otras palabras, creía que éramos un poco estúpidos y no se nos podía pedir demasiado).

Entonces, el muy canalla, se rio.

Lo hizo con carcajadas gruesas. Gruesas y malignas.

Se reía un poco porque el asunto le parecía ridículo, pero también, me imagino, porque le daba placer burlarse de nosotros. Mientras la Tierra girara alrededor del Sol nosotros no lograríamos subir nuestro puntaje en la prueba regional; eso a él le parecía claro como el cristal. Y todos los profesores, a lo mejor porque encontraban el asunto divertido o sólo para ser chupamedias de su jefe, se empezaron a reír también.

Así que ahí estábamos los quinientos alumnos del colegio Juan Francisco, frente a una veintena de adultos que se